

POBREZA FRENTE A RIQUEZA

POR

ABELARDO DE ARMAS

Es para mí una gran satisfacción el poder dirigirme a este grupo de amigos de la Ciudad Católica. No me siento en absoluto digno de tener la intervención que clausura esta nuestra décimo octava reunión, pero es para mí una satisfacción hablar a este auditorio, porque me dirijo a gente buena, y precisamente porque me dirijo a gente buena yo quiero hacer a todos un llamamiento: ¡No es suficiente ser buenos! Los momentos que estamos viviendo nos precisan no solamente como buenos, ni siquiera como muy buenos, exigen que nuestras vidas sean santas. No es una exigencia desmesurada el que al encontrarme yo aquí ante un grupo de gente tan buena, quiera hacer esta intervención final exhortando a la santidad. Los momentos que nos están tocando vivir no ignoramos ninguno de los asistentes que son graves, muy graves, y decía Pío XII, que ante la oleada antirreligiosa de la hora presente los deberes de los católicos son muy exigentes y urgentes. A nadie le es lícito permanecer con la cabeza agachada, los brazos cruzados y temblándole las piernas. Nos encontramos en estos momentos y ante esta disyuntiva de la historia y precisamente por ser la situación tan pavorosa, la solución tiene que ser más simple de lo que nosotros pensamos con nuestros criterios racionales, puramente humanos. Esa solución simple, pienso yo, es la que el Señor, cuando ha querido salvar a la Humanidad, ha trazado descendiendo del cielo a la tierra.

En el cielo, dice San Bernardo, abundaba la riqueza y se desconocía la pobreza; en cambio, en la tierra abundaba la pobreza

pero se desconocía su valor. Y el Verbo de Dios se hizo carne y se abrazó con la pobreza. Se humilló obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Fue pobre en Belén. Pobre huyendo a Egipto. Pobre en Nazareth. Pobre en su vida pública. Pobre en la Cruz. No utilizó un disfraz de pobreza. No tenía el respaldo de la omnipotencia divina; quiso vivir auténticamente pobre, sentir la pobreza.

En este momento y con los temas que se han tocado en nuestras reuniones, en nuestros encuentros sobre la propiedad, yo quiero exhortar a todos a desposeernos radical y absolutamente de nuestras riquezas, de nuestras propiedades, porque cuantos estamos aquí reunidos somos ricos, todo está en el concepto que tengamos de riqueza.

El capítulo 25 de San Mateo es sorprendente. En este capítulo el autor, el Evangelista (el autor es Dios, el instrumento el Evangelista, Dios nos habla por San Mateo), nos propone dos parábolas y una profecía de los últimos tiempos del Juicio Final. En las dos parábolas y en esta aseveración profética del Señor se condenará, no por hacer el mal, sino por lo que podíamos llamar el capítulo de condenación por el no bien.

Las parábolas son: primera, las vírgenes necias. Hay un rechazo de Jesús (el Esposo que no ha llegado) en aquellas bodas hacia aquellas vírgenes que en el momento en que se presentan llegan tarde: ¡Abrenos, ábrenos! pero Cristo las rechaza. ¡Son vírgenes! ¡No han hecho nada malo! Pero se les ha acabado el aceite (el aceite tiene una triple significación bíblica, porque el aceite es salud —es medicina—, el aceite es alimento y el aceite es luz). Aquellas vírgenes, ¡almas vírgenes!, habían agotado la luz para iluminar, el alimento para dar de comer, la medicina para curar.

La segunda parábola es la de los talentos y aquí Cristo rechaza a un alma que no dice en el momento de pedirle cuentas: "no tengo nada". Entrega el talento que tiene todavía (cuántos católicos desearíamos poder tener el alma en tal disposición que pudiéramos decir: "Señor puedo devolver lo que me diste. Lo tengo aquí. ¡Muchos lo hemos perdido!"). Entrega el talento, pero no es suficiente: "Quitádselo a éste y dádselo al que tenga cinco".

La condenación, la aseveración del Juicio Final es "porque tuve hambre y no me diste de comer, tuve sed y no me diste de beber, porque estaba desnudo y no me vestiste, porque estaba enfermo y no me visitaste". No es porque hiciste mal, es porque no hiciste bien. Ahí se cierra el capítulo 25.

Entonces no nos basta con ser buenos, ni siquiera muy buenos. Hay que ser santos. Hay que actuar. Ahora bien, en el momento en que se descubre ante nosotros un panorama gigantesco de acción, donde nos sentimos incapaces frente a las necesidades del momento presente para realizar grandes acciones, en seguida sufrimos el espejismo de querer proyectar nuestra acción con el tecnicismo, como si los bienes espirituales, el bien espiritual que nosotros deseamos realizar, pudiese equipararse al bien material que cualquier empresa puramente humana proyecta, planifica, realiza, desarrolla. Los planes de Dios son distintos de los de los hombres y por eso hay que poner la mirada en El (una cosa es ver y otra es mirar; se puede ver, poner los ojos y no enterarse. Hay que mirar penetrando bíblicamente, como hacía Jesús: "miró" y "llamó" poniendo en él sus ojos. Lo mismo podemos oír y no escuchar. Se trata de escuchar). Pero para ponernos a la escucha, para penetrar con nuestra mirada, hay una posición única en el hombre: ¡estar de rodillas! Hoy hay una gran diferencia entre la teología actual y la teología de los Santos Padres o de los Doctores de la Iglesia. Aquéllos hicieron teología de rodillas. La teología de hoy, sin embargo, se la titula una teología sentada. En los métodos educativos sucede lo mismo: hoy los padres (se decía precisamente en la última reunión que hemos tenido por alguno de los asistentes) padecen de comodidad. Los métodos de educación tampoco están fraguados situándonos de rodillas... A todas las escalas nos es preciso "más enfermar de las rodillas", como decía San Juan de la Cruz, cuando maestro de novicios en Segovia, hablaba de los métodos de formación para éstos y decía: "más prefiero que enfermen de las rodillas que de los ojos". Hoy tendríamos que enfermar todos de las rodillas. Es más necesario que nunca rezar, pero no solamente porque la situación en el momento actual nos requiera hacer más oración, sino precisamente para que esa oración nos proyecte hacia la acción.

Ahora bien, una acción que no esté informada por la oración, por una alta vida de unión con Dios, por una vida eminentemente contemplativa, es acción nula: esto es lo que estamos viendo en tantísimos movimientos en la Iglesia: tienen verdaderos deseos pero no se aplican a la imitación única y real de Aquel que se nos ha presentado como modelo y por lo cual la vida no es buena, como decía San Juan de la Cruz, si no es para imitarle. Esta vida, este modelo que se nos presenta, es la desposesión total y absoluta de nuestros valores.

San Ignacio de Loyola, entre las meditaciones cumbres (a mi juicio) de los Ejercicios Espirituales, nos coloca la meditación de las dos Banderas (se ha dicho de San Ignacio que es padre de la psicología moderna, que ha demostrado conocimiento muy profundo de los engaños del "mal caudillo", como él dice en sus Reglas para discernir espíritus, un conocimiento que hoy algunos dicen desusado, otros lo creen una intuición, yo diría sencillamente que es una inspiración de la Santísima Virgen en Manresa dándole a conocer los engaños del "mal caudillo", de Satanás). Precisamente en esta contemplación de las dos Banderas, Ignacio de Loyola nos presenta ahí el peligro que tenemos frente a la pobreza y frente a la riqueza (que en sí mismas, como nos decía hace unos momentos don Juan Vallet, citando a Santo Tomás, son indiferentes. Es el uso que se haga de la pobreza o el uso que se haga de la riqueza el que las llena de contenido: que se destinen al bien o al no bien). Nos propone San Ignacio de Loyola en esta contemplación (en su preámbulo inicial, y leo el final del preámbulo porque encaja para lo que estamos hablando) "y por el contrario, para conocer la táctica del enemigo de natura humana y cómo nos debemos disponer para venir en perfección (en Santidad) en cualquier estado o vida que Dios Nuestro Señor nos diera para elegir" la tendencia a la perfección, el aspirar a la perfección es para todos los estados, no el confusionismo de creer que es solamente para los que se van en seguimiento de los Consejos Evangélicos. En todos los estados, hay que aspirar a la perfección. Y para que podamos llegar todos a la perfección sitúa aquí San Ignacio esta meditación —cumbre— porque el enemigo de natura humana está empeñado precisamente, em-

pezando por algo que es bueno (que es el derecho legítimo que tenemos a poseer como se ha dicho en tantísimas de nuestras conferencias, el derecho que tiene el hombre a la propiedad privada) esto es precisamente lo que va a utilizar Satanás, para torcerlo "arrojando primero hilillos, redes, cadenas, de forma que siembre primero un deseo de riquezas el cual llevará inexorablemente a un vano honor de las cosas del mundo y de ahí a crecida soberbia".

¿Por qué es tan fácil que se nos dé este fenómeno? Porque en cuanto tenemos posesiones, en cuanto tenemos propiedades, con lo que tenemos confundimos lo que somos y Satanás nos tienta fácilmente porque esto fue lo que le perdió a él: No olvidemos que él era Luzbel, la luz más bella del firmamento, de las criaturas angélicas creadas por Dios y este Luzbel no se conformó con lo que ya era, sino que quiso ser como Dios, puesto que ese es el grito con el que fue arrojado al infierno: "¿Quién como Dios?".

La tentación que pone a Adán y Eva es precisamente la misma: "¡Seréis como dioses!", porque sabe que el corazón humano está hecho para Dios, como dice San Agustín: "Nos hiciste para Ti Señor y nuestro corazón permanece inquieto hasta que en Ti descanse". En ese deseo de posesión de la verdad absoluta, del bien absoluto, del todo absoluto que es Dios, siempre tendremos un hueco mientras estemos peregrinando en esta tierra y por ahí se mete suavemente el "enemigo de natura humana" con un deseo de riquezas. Un deseo que en principio aparecerá como lícito.

La tentación primera que sufre el Señor en el desierto es la del deseo de riquezas: "¿Por qué no conviertes todas estas piedras en panes?".

Entonces nos advierte San Ignacio: ¡Cuidado con el deseo de riquezas, que a veces podemos apetecerlo por deseo de hacer bien! ¡Cuánta necesidad vemos en el mundo! ¡Cómo me gustaría ser millonario para distribuir mis millones! ¡Cómo me gustaría tener mucho más talento, ser un gran orador para poder utilizar los medios de comunicación social, escribir, tener una magnífica pluma ágil!). Queremos talento para hacer el bien y es magnífico ese deseo de riquezas (y estoy diciendo riquezas para hacer el bien) pero ¿qué se sigue inmediatamente a tener riquezas? Inmediatamen-

te que una persona tiene riquezas (por ejemplo, en el campo del dinero), a su alrededor está la adulación, y además pone más seguridad en el dinero que confianza en Dios; pone, como nos decía el Evangelio de hoy, la confianza en las riquezas. ¿Y en cuanto a los talentos humanos? En cuanto una persona tiene talentos humanos, tiene riquezas, porque decíamos al principio qué concepto teníamos de las riquezas: Todo don, todo bien, todo talento, que es estimable para una persona y es estimable para los demás, eso es riqueza; ¿tengo salud?, ¿la salud es estimable para mí?: Sí, ¿es estimable para los demás?: Sí, luego tengo riqueza. ¿Tengo inteligencia?, ¿la inteligencia es estimable para mí?: Sí, ¿es estimable para los demás?: Sí, luego tengo riqueza. ¿Tengo belleza?, ¿La belleza es estimable para mí?: Sí, ¿es estimable para los demás?: Sí, pues tengo riqueza. ¿Tengo simpatía?, ¿es estimable para mí?: Sí, ¿es estimable para los demás?: Sí, pues poseo riqueza...

De todos estos talentos de los cuales Dios nos ha dotado y que los tenemos en posesión, pero como administradores porque no es una posesión total y absoluta, porque "no tenemos nada (nos dice San Pablo) que no hayamos recibido". De todos estos dones y de todos estos talentos se nos va a exigir cuentas. De estos talentos de los cuales no nos habla el marxismo cuando trata de desposeernos de la propiedad privada al atacarla, eludiendo la reforma del corazón del hombre que es donde está la base de toda reforma y no en las estructuras: tú eres el primero que tienes que desposeerte, aunque no tengas ni cinco céntimos, de la riqueza de la que te ha dotado la Naturaleza, porque siempre tienes algo de inferior condición bajo ti. Y de esta riqueza mía personal tengo que dar a los que están a mi alrededor. Esa es la parábola de los talentos. Ahí está el no hacer el bien, ahí está la condenación de las vírgenes necias.

Todos podemos hacer mucho más y el enemigo lo sabe perfectamente. Conociendo esto, trata de llevarnos al vano honor de las cosas del mundo, porque en cuanto tenemos riquezas, lo mismo que el que tiene dinero no puede evitar la adulación, el que tiene inteligencia, el que se considera capaz de valerse por sí mismo, pone más la confianza en los medios que posee, que cuando es realmente pobre. Póngase un ejemplo en el campo apostólico: Yo me dedico

a la formación de la juventud. Si a mí me dicen: "introdúctete ahí en una barriada a ver cómo sacas chicos", y no me dan nada en absoluto, yo voy ante un Sagrario y digo: "Señor, mueve Tú las almas, inspírame, ¿qué puedo hacer?" Iré allí solo, pobre, pero en nombre del Señor. Si por el contrario me dan dinero, digo: "¡Hombre! Como a estos chicos les gusta el fútbol, llegaré allí, al barrio aquel, y les diré que tengo unos pantalones y unas camisetas y que podemos organizar un equipo ..., que voy a donar una copa, que tenemos balones..." Y voy confiando en mi balón, en mi camiseta, en las cosas que tengo y pienso que voy a traer esos chicos hacia mí, y no traeré a nadie, porque en el plan de Dios, para dar la vida divina, la confianza tiene que estar puesta en El y no en mí. Por lo tanto cabe el peligro de que del deseo de las riquezas vayamos al vano honor de las cosas del mundo: puede empezarse una carrera por deseo de servir a Dios, y tener grandes talentos, pero ¡qué peligroso es tener títulos académicos y no poner la confianza en ellos! ¡qué peligroso es tener dinero y no poner la confianza en el dinero! ¡qué peligroso es en esta vida poner la confianza en los talentos que Dios nos concede! Porque enseguida se sigue la adulación. En cuanto un alumno es brillante en la exposición, cuando ha captado la enseñanza del profesor, mientras los demás no han cogido todavía nada, los demás admiran. Cuando uno es un gran deportista, enseguida tiene la adulación alreedor. Y con lo que tiene confunde lo que es.

Como la Biblia nos dice que el número de los tontos es infinito, pues hacemos infinito el número de tonterías, y asevera lo que les estoy diciendo un ejemplo, una anécdota, que titulo yo "El burro de las reliquias".

Sucedió en un pueblo que se incendió la ermita. A toque de campana de la iglesia parroquial acudió la gente en multitud. Todo el pueblo en masa hacia la ermita en llamas. Estaba lejos, en la ladera de la montaña. Llegaron a destiempo y la ermita se hundió, pero hubo todavía tiempo para introducirse dentro, sacar la reliquia del Santo Patrón, la imagen de la Virgen, las vestiduras que había allí, algunos vasos sagrados y con todo aquello decidieron hacer una procesión hacia la parroquia para trasladarlo y colocarlo allí.

Se encontraron allí con que había llegado el burro que utilizaba el aguador del pueblo, con dos tinajas. El buen hombre, al ver el fuego, se fue para hacer algo, lo que pudo, con las tinajas llenas de agua. A los aldeanos se les ocurrió desposeer al animal de la carga y ponerle en cada una de sus alforjas las reliquias de los santos, las vestiduras, la imagen de la Virgen, del Patrono. Inmediatamente se inició la comitiva hacia la parroquia. El pueblo, al ver arrancar al asno, se postraba de rodillas y todo el mundo en reverente silencio iba dejando pasar la cabalgadura. ¿Qué le sucedió al burro? Le habían tratado siempre a palos y de repente se encontró, sorprendido, con que todo el mundo se postraba de rodillas ante él: le hacían reverencias, inclinaciones. Acabó por confundir lo que era con lo que tenía y se sintió tan halagado, tan adulado (todo era estupendo, nadie le daba palos, todo eran reverencias) que pensó: "No doy un paso más": Y se quedó quieto. Entonces, todo el mundo empujaba al asnito cariñosamente: "Anda burrito, ¡por favor, arranca!".

¡Qué satisfacción tan inmensa: todo el mundo de rodillas a mi alrededor!...

Esto nos suele pasar a nosotros: es lo que llama San Ignacio el peligro de las riquezas, que nos llevan al vano honor de las cosas del mundo y crecida soberbia, y de ahí a toda clase de vicios y pecados. Y esto que pasa a escala individual pasa a escala colectiva: pasa a las sociedades, pasa a los Estados: en cuanto un Estado se ensoberbece porque tiene riquezas (piensen en estos momentos en los países árabes dominando el mundo con el petróleo. Piensen en el poderío económico o en armamento de Estados Unidos o de la URSS), se pone la confianza en el dinero, en el talento, en el valor de los medios humanos, y se pone la desconfianza en Dios: Esos países están avocados a la ruina porque la gloria es siempre para el Señor.

Por esto Jesucristo querrá llevarnos a pobreza. Y San Ignacio, en esta misma meditación, nos orienta frente a estos escalones de deseo de riquezas, de vano honor de las cosas del mundo y crecida soberbia, presentándonos la bandera del sumo y verdadero capitán Cristo Jesús, y nos hace que hagamos una petición: "conocimien-

to de los engaños del mal caudillo y gracia para de ellos me guardar y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán Cristo Jesús y gracias para le imitar". Y, ¿a qué nos exhorta Jesús? Al deseo de pobreza frente a riqueza. A oprobios y menosprecios frente al vano honor de las cosas del mundo. A la humildad frente a la soberbia. ¿Por qué? Porque en el momento que uno es pobre, de la pobreza se sigue la humillación, se sigue el menosprecio. ¡Cuando una persona es pobre nadie le hace caso!

Aquí es donde voy en esta intervención mía: Hoy Dios nos está llevando a pobreza. Hay dos maneras de pobreza: una pobreza espiritual y una pobreza actual. No es suficiente en los momentos que estamos viviendo, que espiritualmente nos desprendamos nosotros, que afectivamente deseemos desprendernos de las cosas que tenemos. Es que tenemos que ser desposeídos actualmente, efectivamente. Que nos quedemos sin nada, porque solamente así estamos en la imitación de Jesucristo en la Cruz, que está despojado de todo. Y no hay otro camino para hacer la redención del mundo que mediante la crucifixión: "Si el grano de trigo no cae en la tierra, se pudre y muere, no da fruto". "Sin efusión de sangre no hay redención". Si queremos salvar este mundo que está a nuestro alrededor no tenemos otro camino que la imitación de Jesús. ¡No nos bajemos, pues, de la Cruz!

Estamos siendo despojados. No nos hemos desposeído nosotros voluntariamente y, por tanto, seguimos teniendo nuestros talentos, pero Dios va por otros caminos: ¿No es un despojo dolorosísimo el que te arrebaten la Patria, como estamos viendo que se nos arrebata España? ¿No sufre uno cuando ve que se nos está despojando de la fe? ¿Se despoja de la fe a nuestros hijos, a nuestros familiares, a nuestros compañeros, a mis alumnos, a los muchachos con los que trabajo! ¿No se nos está despojando de la moral? Y, sin embargo, hemos de tener (sobre todo en horas de oración) un criterio sobrenatural y decirnos: "estamos viniendo a pobreza, y, ¿qué caminos sigue Dios? No los entiendo, Señor, yo no te entiendo. Cada vez te entiendo menos, pero por eso cada vez te amo más y te admiro más, porque eres grande, Señor".

Ahora nosotros, como Job, nos damos cuenta que estamos sien-

do sometidos a una apuesta. Un día apostó Satanás con Dios y le dijo: "Te apuesto que si me dejas actuar a mí te demostraré cómo tu siervo Job no te es tan fiel como parece". Job será desposeído de todas sus riquezas. Su mujer le instará para que maldijera de Dios, pero Job le dirá: "No sabes lo que dices, porque si admitimos de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a admitir los males?". Y añade la Biblia: "aquí no faltó en nada Job". Porque Job creyó y así le decía a su mujer: "El Dios que me salva está vivo".

Si vemos las épocas de bendición para las sociedades, para los Estados, para las personas y las admitimos como gratitud, como bendiciones de Dios, ¿por qué cuando vienen las épocas de males, (aunque el mal no puede salir de Dios), no podemos admitir sobrenaturalmente que Dios nos está despojando de todo, porque es el merecimiento de nuestros pecados, porque no supimos utilizar los bienes y los dones que él derramó sobre nosotros y ahora, en castigo de nuestros pecados, perdemos aquello y estamos siendo desposeídos? Vamos a la Cruz que ya antes cogió el Señor sin merecerla (precisamente porque cogió sobre sí todos nuestros pecados). Si vemos que se nos está desposeyendo de todo, comprendamos que ahí, en esta Cruz del despojo total, de este sufrimiento que hay en tantas almas (tantos sacerdotes sufren hoy en sus órdenes religiosas, tantas almas buenas, tantos padres de familia, tanto sufrimiento como hay en estos momentos, tanto dolor, y no me refiero al dolor físico sino al dolor moral) hay que abrazarse a él y recibirlo también como venido de Dios, sabiendo que si yo sonrío en esta apuesta en la que Satanás nos está hiriendo (pero que por encima de todo, el que salva está vivo), Dios tiene sus planes y este sufrimiento de unas cuantas almas escogidas (que son más de lo que a nosotros nos parece, y a las que debemos llevar este mensaje de aceptación) este sufrimiento es salvador para el mundo.

Sabernos desprender de nuestras posesiones y dejar que Dios nos desposea de nuestras cosas, porque "no viene a vosotros buscando vuestras cosas, dice San Pablo a los Corintios, sino a vosotros mismos". Dios quiere vuestra entrega total: de nuestras personas, de nuestras cosas. ¡De todo!, pero fundamentalmente de nuestro juicio, que no entiende adónde van los planes de Dios (nosotros es-

tamos en nuestros tiempos. Los tiempos de Dios no son los nuestros: El ve un final de siglo. El ve un año 2030 con cerca de 15.000 o 20.000 millones de habitantes y quiere la salvación de todos los hombres. Que se conviertan y vivan). Por el sufrimiento de los que hoy estamos aquí, padeciendo esta situación ¡cuánto bien puede venir de nuevo al mundo!, ¡No nos bajemos de la Cruz! "En Cruz debemos estar (dice San Juan de Avila) y en ella permanecer y no descender de ella mientras estemos vivos, hasta que entreguemos el espíritu al Padre, aunque letrados y fariseos nos digan que descendamos, que se seguirá provecho de nuestra descendida". Seguir clavados en la Cruz. Sin protestar: "Amar, sufrir, siempre sonreír", como decía Santa Teresita. Permaneced ahí, y si alguna vez por nuestra flaqueza caemos, no asustarnos, "que El (dice San Juan de Avila) también primero arrodilló antes que nosotros y si El, teniendo la fortaleza divina, arrodilló por haberse querido someter en el sufrimiento de la pasión, como oscureciendo la Divinidad, dejando padecer la naturaleza pasible; si El flaqueó y arrodilló, no se maravillará que nosotros flaqueemos y arrodillemos". No nos entristezcamos. Reconozcamos nuestra pequeñez y nuestra miseria, "que más prefiere Dios el reconocimiento de nuestra miseria (sigue diciendo Juan de Avila) que nuestro engreimiento en la virtud". Disfrutemos con el plan de Dios. Tiene esta imagen preciosa San Juan de Avila: dice que somos en la mano de Dios como vidrios valiosos, como piedras preciosas, y que así como cuando un guerrero viene del combate y presenta a las personas que le contemplan en el desfile militar desde los balcones, en los laterales, en las calles, los despojos que ha adquirido en la batalla; y llevando entre esos despojos un collar de perlas preciosas, en un grito de júbilo, para demostrar a la gente lo que ha rescatado en el combate, lanza el collar al aire y lo recoge; así, dice él, nosotros somos esas piedras, esos cristales delicados. Si esos cristales tuviera uso de razón, al ser lanzados al aire posiblemente pensarían: "ahora caigo y me hago añicos". ¡No te haces añicos porque estás en las manos del que te ha recuperado de las garras del demonio con su preciosa Sangre! Y aunque en estos momentos Jesús juegue con las almas y nos lance al aire y tengamos que correr la aventura

de la fe, hay que estar siempre sonriendo como el niño que sabe que cuando juega en los brazos de su padre, éste nunca será capaz de lanzarle. Le dará volteretas, le cogerá así o así, le amenazará de tirarle por el balcón pero el niño le dirá: "¡otra vez, papá, otra vez! y así tenemos que estar nosotros en las manos de Nuestro Padre de los Cielos, aunque nos despoje, aunque nos desposea, sabiendo que de aquí se siguen bienes. Tú estás siguiendo bien Señor porque me estás poniendo en la pobreza, en la humillación total de la Cruz.

Amemos la pobreza en este sentido para sacar de la pobreza bien. No la rechacemos. Miremos a la Santísima Virgen. Este es el sentido auténtico de riqueza bíblica. El Evangelio que hoy hemos leído en la Misa nos lo dice así, ¿por qué los apóstoles dijeron al Señor: "Señor, entonces quién se salvará"? No le dijeron: "entonces ¿qué rico se salvará?" Sino "¿quién se salvará?" Porque cuando Jesucristo habla de riquezas (hay que tener en cuenta que en las traducciones actuales también ha penetrado mucho la marxistización, y leer un texto en el cual se está hablando nada más que de dinero para designar riquezas, da la sensación de que solamente a los que tienen dinero es a los que les atañen esas palabras. ¡No es dinero sólo! ¡Son las riquezas! "No podéis seguir a Dios y a Mammon". Mammon es el dios de las riquezas. Mammon tiene etimológicamente la misma raíz que la palabra amén. Amén significa "así es". Cuando Jesús asevera: "en verdad, en verdad os digo", se traduce en latín "amen, amen dico vobis". En el Apocalipsis se dice que Jesús es el Amén del Padre. Es la seguridad. Mammon significa la seguridad porque la riqueza da seguridad. Cuando uno tiene riquezas, sean del orden que sean, materiales o espirituales, pone en ellas su seguridad. Jesús (insisto) se refiere a todas las riquezas: No quiere seguridad en ellas, ni aun siquiera en la riqueza espiritual. En cuanto una persona pone la seguridad en que hace bien la oración, en que es una persona de virtudes, en que es una persona de unión con Dios, etc... ya está fuera del plan divino. Los talentos humanos, las virtudes humanas, son ceros. ¡Absolutamente! El cero no tiene ningún valor absoluto. Tiene un valor relativo. Ahora bien, si el cero se pone detrás de la Unidad divina y yo tengo un cero de virtudes religiosas valdré

diez, y si tengo un cero en talentos humanos valdré cien, y si tengo un cero en talentos de simpatía valdré mil. Pero es que el peligro radica en que en la medida que yo tengo esos talentos suelo poner el cero delante de la unidad y cuantos más ceros tengo, menos valgo ante los ojos de Dios. Por eso no se puede servir a Dios y a las riquezas. No podemos servir a Mammon.

Con este sentido bíblico es con el que nosotros debemos ponernos en las manos de Dios y decir: ¡Bendecir la pobreza del Señor! La pobreza espiritual o la pobreza actual si Vuestra Divina Majestad quisiera elegirnos para ésta. ¿Qué es pobreza actual? Por ejemplo que yo en estos momentos les estoy hablando y les veo a todos ustedes. Dios podría despojarme de la riqueza de los ojos y dejarme ciego. Entonces sí que vengo realmente a pobreza actual porque no tengo ojos. Llegar, si es preciso, a lo que me decía una carmelita hace poco, después de esta misma charla que les di a ellas. Me dijo: "Me ha calado profundamente todo lo que ha dicho porque muchas veces yo le pido al Señor que me deje boba, llegar a una pobreza así: quedarme boba y no tener ya nada". Eso es querer abrazarse a la desposesión total y absoluta de Cristo crucificado.

Pidamos esto. Pidámoslo a la Santísima Virgen. Para ella se hizo posible lo imposible: era riquísima en los dones que Dios le había concedido, pero se hizo tan pequeña que pasó como el camello por el ojo de una aguja. Para vencer a Satanás es en el seno de María donde tenemos que estar metidos. El fruto de este Papa que el Espíritu Santo ha concedido a la Iglesia, está en que es todo de María. Nos está poniendo Dios el sello que tenemos que llevar impresos en nuestras vidas: ¡ser todo de la Virgen! Lo que nosotros no podemos hacer, que Ella lo haga en nosotros, que Ella lo viva en nosotros, que Ella nos desposea de todo. Ella evitará que descendamos de la Cruz y entonces haremos salvación total y absoluta. Pidámoslo a la Santísima Virgen: ¡que nos haga a cada uno totalmente de Dios!

Quisiera terminar. Ayer se nos leyó el "Brindis del Retiro" de Menéndez Pelayo en el centenario de Calderón de la Barca. Voy a ofrecerles precisamente una poesía suya que deseo vivamente

nos lleve a ser total y absolutamente de Dios, a dejarnos manejar por El. El fruto de esa reunión: ser dóciles en las manos de Dios.

¿Qué quiero, mi Jesús? Quiero quererte.

Quiero cuanto hay en mí del todo darte sin tener más placer que el de agradarte, sin tener más temor que el de ofenderte.

Quiero olvidarlo todo y conocerte.

Quiero dejarlo todo por buscarte.

Quiero perderlo todo por hallarte.

Quiero ignorarlo todo por saberte.

Quiero, amable Jesús, quiero abismarme en ese dulce abismo de tu herida y en tus divinas llagas abrasarme.

Quiero en Aquel que quiero transformarme, morir a mí para vivir tu vida.

Perderme en Ti Jesús y no encontrarme.

Esto es lo que nosotros tenemos que pedir y arrancarlo de la Santísima Virgen. Perdernos en Jesús y no encontrarnos. Perderlo todo por Jesús. Son las palabras de Santa Teresita: Poco antes de morir dice: "Oh Jesús, que jamás ni busque ni encuentre más que a Ti, que las criaturas sean nada para mí y yo nada para ellas, sino que tú Jesús lo seas todo". Pero para que Jesús lo sea todo hemos de venir a ser reducidos a nada y en este juego del ganarperde, Dios nos eligió para ganar perdiendo. Es una canción carmelitana, precisamente la que escuché hace poco en Duruelo.

"Cielo en la tierra es vuestro amor,

Cielo vuestro Corazón

si pobre hay que ser para en El entrar

dichoso perder que tal ganancia da"

Si pobres tenemos que ser para entrar en el Corazón de Jesús y entrar en ese Corazón salvando miles, millones de almas que están supeditadas nada más que a la santidad nuestra, vivamos así

Termino ya con la letra de una canción que hacemos en nuestra Institución. Es a la Virgen precisamente. La titulamos "Nueva Encarnación". Va dirigida al alma. Y decimos:

"Si al llamarte Dios, le respondes tú,
y en eco fiel de aquel hágase
que la Virgen fiel un día pronunció,
tú saber dar el sí,
Nueva Encarnación en el mundo verás
y el Verbo de Dios a los hombres vendrá
y serás tú el lazo de unidad
que la Virgen fue entre el mundo y Dios".

Esta es la aceptación de la Virgen. Esta ha sido la aceptación de Juan Pablo II (dentro de unos días celebraremos su primer aniversario). "¿Aceptas el pontificado? En obediencia de fe a Cristo mi Señor, ¡acepto!". Ha dado el sí, el hágase, y se ha convertido, como la Virgen, en un lazo de unión entre el mundo y Dios. ¡Demos nosotros también el sí! ¡Acepta ser desposeído de todo! Que Dios pueda despojarte de todo (como ya ves que está haciendo) ¡Sin quejarte!, lo cual no supone inhibirnos de una lucha que tenemos que hacer todos en estos momentos, de trabajar incansablemente por la Gloria de Dios, sabiendo que no nos van a hacer caso, que recibiremos la reticencia, la burla, el menosprecio, la humillación y el oprobio, pero que de ahí se viene a la humildad y se siguen todas las demás virtudes y se consigue la Santidad, sabiendo que trabajamos y que el fruto, aunque sembremos ahora con lágrimas, no lo veremos hasta que otros vengan y siguen cantando.

¿Das tú el sí en obediencia de fe a Cristo Nuestro Señor? Que éste sea el fruto de esta reunión de amigos de la Ciudad Católica.

Perdonadme por haberme alargado quizás demasiado. Que pasemos ahora en el acto litúrgico final a la Capilla y nuestra entrega, arrodillados ante el Sagrario, sea decir: "Señor, aquí me tienes. Tuyo soy, para Ti nací, ¿qué quieres Señor de mí?".